

Francisco Huenchumilla Jaramillo

La muerte es la demostración de la fragilidad humana, por ello nos llena de dolor. Es la hora de la verdad cuando nos enfrentamos con nuestro destino terrenal.

Pero la muerte tiene una doble dimensión: la historia corta del aquí y del ahora, que nos hace llorar y la historia larga de aquellos que con su obra y su ejemplo trascienden los tiempos y se instalan en la galería de los constructores de sus pueblos.

Por eso, en la historia corta, estamos con dolor por la partida de don Patricio. Pero en la historia larga, estamos aquí para rendir un homenaje a Patricio Aylwin Azócar, Presidente de la República de Chile.

Tuve el honor de trabajar directamente con él cuando, por cuestiones circunstanciales, asumió en 2001 la presidencia de la Democracia Cristiana y yo lo acompañé como su secretario general.

Recorrimos todo Chile, de norte a sur, y ahí pude escuchar directamente su historia personal y familiar y las coyunturas políticas que le tocó vivir en los años 60, en los 70, durante la dictadura, la transición y la nueva democracia.

Varias lecciones puedo sacar de esa experiencia.

Enfrentó cada una de esas coyunturas no mirando para abajo, sino con la mirada puesta en el horizonte, leyendo los signos de los tiempos, que le permitió trascender los avatares de la pura contingencia. Y con la humildad de los grandes hombres, que saben que la vida es un aprendizaje permanente.

Así me lo dijo, por ejemplo, respecto de la importancia que tenía en la economía el tener políticas fiscales responsables o del rol histórico que siempre han jugado las Fuerzas Armadas en la estructura del Estado. El rol de los derechos humanos como vara ineludible de las relaciones entre los seres humanos o del valor de la diversidad manifestada en la coalición que encabezó y cuyos partidos tenían historias diferentes. O de la existencia de los pueblos originarios que la República había hecho invisibles.

Él pensaba que la diversidad era una riqueza y que ella no se oponía a la unidad del Estado y a los grandes objetivos nacionales. Por ello, celebró con los pueblos originarios el último Parlamento y el Acuerdo de Nueva Imperial cuyas tareas, como país, siguen pendientes. Encabezó la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato cuyas conclusiones están ahí esperando que el país las tome para terminar con la violencia política que azota el sur de Chile.

Pero, quizás la interpelación más profunda que ha dejado al país ha sido su ejemplo de vida.

Tal como ayer la sociedad oligárquica de comienzos del siglo 20 se perdió en el lujo y la superficialidad, hoy vivimos una sociedad contaminada por el hedonismo, el consumismo, el clasismo, el racismo y el dinero.

Don Patricio Aylwin nos enseña que se puede vivir con dignidad en medio de la sencillez y que el dinero no puede contaminar nuestra vida republicana. Que se puede caminar por la vida ligero de equipaje.

¿Por qué tenemos que correr con ansiedades?, si a fin de cuentas todos nos encontraremos con la muerte.

Don Patricio fue Presidente de Chile, pero nos enseñó que se puede tener autoridad sin correr detrás del poder.

Por ello, don Patricio, descanse en paz.

Por ello, Patricio Aylwin Azócar, Presidente de la República de Chile, entra por la puerta ancha de la historia de tu patria.